Sentido común: la prevención de accidentes que siempre tuvimos a mano



Son las siete y diez de la mañana. Falta poco para que arranque la línea y alguien mira el reloj, mira el transportador que lo separa del vestuario y piensa: «Son dos pasos, nadie se entera». Lo cruza por encima, llega treinta segundos antes y sigue con su día como si nada. Esa escena no tiene nada de extraordinario, y justamente por eso nos interesa hoy. Los accidentes casi nunca empiezan con una decisión absurda; empiezan con una decisión cotidiana que nadie cuestionó.

Hoy quiero hablarles de algo que todos creemos tener y que, sin embargo, se nos pierde con una facilidad asombrosa: el sentido común. Es la forma más simple de entender la prevención de accidentes en el trabajo. No hace falta un manual de cuatrocientas páginas para saber que hay cosas que no se hacen. Hace falta algo más difícil: acordarse de eso justo en el momento en que estamos apurados, cansados o confiados.

¿Por qué el sentido común se nos pierde justo en el trabajo?

Porque el riesgo no se va nunca; lo que cambia es nuestra forma de mirarlo. En cualquier planta, obra o taller conviven cargas en altura, partes en movimiento, electricidad, sustancias inflamables y herramientas que cortan o proyectan partículas. Al comienzo de nuestra carrera las miramos con respeto. Con los años, la costumbre nos quita esa atención, y llega un momento en que hacemos algo peligroso solo porque «siempre se hizo así y nunca pasó nada». **La rutina no elimina el riesgo; solo hace que dejemos de verlo.**

A eso se suman tres compañeros de viaje muy conocidos: el apuro, el cansancio y el exceso de confianza. Ninguno avisa. Lo que sí hacen es empujarnos hacia el atajo, y cada atajo que sale bien nos convence de que el próximo también saldrá bien. Pero que no haya pasado nada no significa que fuera seguro; muchas veces significa que tuvimos suerte, y la suerte no es un método de trabajo. **Los accidentes no aparecen de repente. Se construyen con pequeños descuidos.**

Por eso la Ley 19.587 y el Decreto 351/79 establecen obligaciones para la empresa y también para cada trabajador: cumplir las normas, usar los elementos de protección personal y cuidar la propia seguridad y la de los compañeros. El sentido común es, en el fondo, la versión cotidiana de todas esas reglas.

Las decisiones que parecen inofensivas y no lo son

Ahora bien, ¿cómo se ve esto en el día a día? Empecemos por las cargas. Pasar por debajo de un peso suspendido se repite porque el recorrido es corto y la carga parece estable, pero un elemento de izaje puede fallar sin aviso, y lo que cae no entiende de apuros. La zona debajo de una carga se delimita, se señaliza y se despeja, y quien guía la maniobra tiene que ser visible para el operador. Algo parecido ocurre al levantar a mano pesos excesivos o al sobrecargar un andamio o una pila de materiales: cuando se supera lo razonable o la capacidad indicada por el fabricante, ceden la espalda o la estructura. Para eso existen los medios mecánicos, el pedido de ayuda y la estiba estable (la Resolución 295/03 fija 25 kilos como límite general para la carga manual, en condiciones ideales).

Con las máquinas, el error más frecuente es creer que se puede «ganar tiempo» trabajando sobre ellas en funcionamiento. Aceitar, ajustar o limpiar rodillos en marcha, retirar o bloquear un resguardo, o anular un dispositivo de seguridad deja el cuerpo a centímetros de una parte móvil que no se detiene sola. **Un resguardo puede parecer un estorbo hasta el día en que hace exactamente lo que fue diseñado para hacer.** Lo correcto es detener el equipo, cortar su energía, colocar el bloqueo con su tarjeta de advertencia y verificar que no haya movimiento antes de intervenir. Y cuando hay que cruzar un transportador, se usa el paso previsto, no el atajo.

Pero el problema no termina allí. Hay otros errores que mezclan energía y fuego: usar una herramienta eléctrica portátil sin puesta a tierra o con el cable dañado, limpiar piezas con solventes inflamables en lugares cerrados, o buscar una fuga de gas con un fósforo o una lámpara encendida. En cada caso basta una chispa o una descarga para convertir un descuido en una emergencia. Las herramientas deben estar en buen estado y con su protección eléctrica correspondiente; los solventes se usan en zonas ventiladas, lejos de toda fuente de ignición y con la hoja de datos de seguridad a mano; y ante una sospecha de fuga se corta el suministro, se ventila, se evita cualquier fuente de ignición y se da aviso, nunca se la busca con una llama.

Por último, quizás el error más pequeño y más común: picar o esmerilar sin anteojos de seguridad. Una partícula tarda una fracción de segundo en llegar al ojo, y ninguna tarea es tan corta como para justificar prescindir de la protección. Los anteojos deben ser los adecuados para el trabajo, estar limpios y en buen estado.

Lo que realmente está en juego cuando algo sale mal

Detrás de cada una de esas decisiones hay una persona con nombre y apellido. Si el que se lastima soy yo, soy yo quien siente el dolor en el momento y quien después pasa por la guardia, el quirófano y la rehabilitación. Un descuido de segundos puede significar semanas o meses sin trabajar, secuelas que no se van o la imposibilidad de volver a hacer la tarea que uno hacía con orgullo. Ninguna indemnización devuelve eso.

Pero las consecuencias no se quedan en el trabajador. Se mudan a la casa: un ingreso que baja, un hijo que espera, una pareja que de un día para otro pasa a ser cuidadora. También alcanzan al equipo, porque quien presencia un accidente lo recuerda durante mucho tiempo, y a la empresa, con paradas, investigaciones y pérdidas. Y no hay consuelo en pensar que «el que se equivocó fue otro»: el compañero que ve un hecho evitable ya perdió algo.

Lo más duro es que casi todos esos hechos tienen algo en común: una decisión simple, tomada a tiempo, los habría evitado.

Cómo convertir el sentido común en un hábito de todos los días

La buena noticia es que el sentido común se entrena. El primer hábito es frenar treinta segundos antes de empezar cualquier tarea y hacerse tres preguntas: qué puede salir mal, qué tengo para controlarlo y si realmente estoy en condiciones de hacerlo. Si la respuesta no convence, la tarea espera. Detener un trabajo inseguro no es perder tiempo ni desobedecer; es exactamente lo que la empresa espera de nosotros. **Trabajar rápido nunca debe significar trabajar inseguro.**

El segundo hábito es revisar los equipos y los elementos de protección antes de usarlos, y avisar de inmediato si algo está dañado o falta. El tercero es hablar: reportar condiciones peligrosas y situaciones que casi terminan mal, porque son el aviso gratuito que nos da el trabajo. Y el cuarto es cuidarnos entre todos: si vemos a un compañero cruzando una línea, lo frenamos con respeto, sin sermón, como nos gustaría que lo hicieran con nosotros. Los supervisores, por nuestra parte, enseñamos más con lo que hacemos que con lo que decimos.

Ahora quiero que cada uno piense cuántas violaciones al sentido común vio en esta misma planta u obra. No lo planteo para señalar a nadie: todos, en algún momento, tomamos un atajo, y los registros de accidentes lo confirman. Lo importante es lo que hacemos a partir de hoy.

La seguridad no consiste únicamente en cumplir procedimientos; consiste en construir una cultura donde cada persona regrese sana y salva a su hogar al finalizar la jornada. Y esa cultura empieza por algo que ya tenemos: nuestro sentido común, usado a tiempo.